

Tres textos, una sola partitura

La operación editorial de EL PAÍS sobre Marruecos

Hay coincidencias que informan y coincidencias que revelan. El 19 de septiembre de 2026, EL PAÍS publicó, a la misma hora, tres textos sobre Marruecos: una información acerca de la alianza de Rabat con Estados Unidos e Israel; un editorial titulado «La fuerza de Marruecos»; y una tribuna de Tahar Ben Jelloun que exculpa a las autoridades marroquíes por los sucesos de Ceuta, acusa de racismo a la derecha española y propone la devolución de Ceuta y Melilla.

Los tres textos aparecieron al mismo tiempo en El País, se encontraban enlazados entre sí y compartían los mismos ejes políticos: la fortaleza creciente de Marruecos, el apoyo internacional a su pretensión sobre el Sáhara Occidental, la crisis de Ceuta y la necesidad de que España se someta al llamado “realismo político”.

No estamos ante tres páginas que casualmente hablan del mismo país. Estamos ante tres movimientos de una misma partitura.

La información de Juan Carlos Sanz aporta el armazón factual. Estados Unidos, Israel y Marruecos han sellado una entente destinada a reforzar su cooperación internacional. Washington y Tel Aviv respaldan la soberanía marroquí sobre el Sáhara Occidental; Marruecos se rearma; la MINURSO pierde efectivos y capacidades; y Rabat amplía su influencia sobre el Estrecho. El mensaje es claro: Marruecos acumula aliados, armas y peso diplomático.

El editorial extrae la conclusión política. Su propio título —«La fuerza de Marruecos»— contiene ya una interpretación. No habla de la presión marroquí, de su estrategia de coerción o de los riesgos derivados de su rearme. Habla de su fuerza. Y describe sus movimientos como muestra de una “calculada habilidad” y de una capacidad diplomática situada “muy por encima de su talla”.

Finalmente, Tahar Ben Jelloun convierte esa descripción del poder en una exigencia dirigida a España. Es hora, escribe, de “rendirse al realismo político”. España debe abandonar sus críticas, superar sus supuestos prejuicios históricos, aceptar la inocencia de Rabat en la crisis migratoria y abrir una negociación para devolver Ceuta y Melilla a Marruecos.

- La noticia dice: Marruecos ha adquirido fuerza.
- El editorial advierte: España y Europa deben tomar nota de esa fuerza.
- Ben Jelloun concluye: deben aceptar sus consecuencias.

La secuencia es demasiado coherente para ser casual. El editorial reconoce que el Parlamento Europeo condenó la “instrumentalización de la migración irregular como herramienta de guerra híbrida”. Reconoce también que la nueva exhibición de la alianza con Estados Unidos e Israel constituye

la respuesta de Rabat a esa condena y a la afirmación de Ursula von der Leyen de que “Ceuta es España y Ceuta es Europa”.

Es decir, la Unión Europea acusa a Marruecos de instrumentalizar la migración; Rabat responde mostrando sus alianzas militares y diplomáticas; y EL PAÍS presenta esa respuesta como demostración de fuerza y habilidad.

La coerción queda así transformada en destreza geopolítica. El chantaje deja de juzgarse por su naturaleza y comienza a admirarse por su eficacia. No se pregunta si Marruecos tiene derecho a actuar de ese modo, sino si España posee fuerza suficiente para resistirlo.

El editorial no invita abiertamente a ceder. Hace algo más sutil: construye el clima intelectual en el que la cesión comienza a parecer prudencia. Presenta el poder marroquí como una realidad inexorable y deja que Ben Jelloun extraiga, en la página contigua, la conclusión que el periódico no podría formular directamente.

Esta distribución de funciones es muy conveniente. El editorial conserva un tono institucional y reconoce a Ceuta como ciudad española. Ben Jelloun puede ir más lejos: calificar Ceuta y Melilla de colonias, comparar su situación con Gibraltar y reclamar su devolución. EL PAÍS no asume formalmente esas posiciones porque aparecen bajo la firma de un colaborador. Pero decide publicarlas, destacarlas y rodearlas de otros dos textos que exhiben la capacidad de presión del Estado cuyas reivindicaciones defiende.

No se trata de censurar a Ben Jelloun. Tiene derecho a escribir lo que piensa y EL PAÍS a publicarlo. Lo significativo es la escenografía que acompaña su intervención: primero se enumeran los aliados de Marruecos; después se proclama su fuerza; finalmente se comunican sus pretensiones.

El Sáhara Occidental constituye el hilo más profundo de los tres textos. La información presenta el respaldo estadounidense e israelí a la soberanía marroquí como un avance decisivo. El editorial sostiene que la propuesta de autonomía está “avalada por la ONU”, una formulación jurídicamente muy discutible: que el Consejo de Seguridad considere una propuesta seria o factible como base de negociación no equivale a reconocer la soberanía de Marruecos ni a extinguir el derecho de autodeterminación del pueblo saharaui.

Ben Jelloun completa el desplazamiento cuando asegura que España reconoció en 2022 “que el Sáhara Occidental era marroquí”. Eso es falso. El Gobierno español calificó la propuesta marroquí de autonomía como la opción “más seria, realista y creíble”, pero no reconoció jurídicamente la soberanía de Marruecos sobre el territorio.

Se produce así una progresión cuidadosamente graduada. Estados Unidos e Israel reconocen la soberanía marroquí; la ONU habría avalado la autonomía; España habría reconocido que el territorio es marroquí; y quien

se oponga a ese desenlace estaría actuando por prejuicio, racismo, extremismo político o injerencia argelina.

Lo que sigue pendiente de descolonización comienza a presentarse como un asunto ya resuelto. Lo que jurídicamente continúa abierto se convierte periódicamente en un hecho consumado.

En los tres textos, además, se habla del Sáhara sin escuchar a los saharauis. El territorio aparece como activo estratégico, moneda de cambio, escenario militar o pieza de una alianza internacional. Pero no como la patria de un pueblo titular de un derecho. Marruecos tiene voz; Estados Unidos tiene voz; Israel tiene voz; España, Argelia y la ONU tienen voz. Los saharauis son convertidos en objeto gramatical de una historia que trata precisamente sobre ellos.

La simultaneidad de los tres textos no demuestra, por sí sola, que Rabat los haya encargado o dirigido. Afirmarlo exigiría pruebas que no tenemos. Pero sí permite afirmar algo mucho más inmediato: EL PAÍS decidió construir un conjunto editorial coherente para presentar el ascenso de Marruecos como una realidad geopolítica que España y Europa deben aceptar.

La coordinación interna resulta evidente. Los textos se publican el mismo día y a la misma hora; se enlazan entre sí; repiten los mismos conceptos; distribuyen cuidadosamente sus funciones; y no se acompañan de una tribuna equivalente que defienda la posición saharauí o rebata la reclamación sobre Ceuta y Melilla.

El resultado es una operación narrativa completa. La información proporciona los hechos seleccionados. El editorial establece el marco interpretativo. La tribuna invitada pronuncia las conclusiones más extremas.

- Primero, la fuerza.
- Después, la advertencia.
- Finalmente, las condiciones.

La cuestión no es, por tanto, si EL PAÍS puede publicar a Tahar Ben Jelloun. Por supuesto que puede. La cuestión es por qué decidió convertir su artículo en la última pieza de una composición que presenta el poder marroquí como irresistible, la ocupación del Sáhara Occidental como irreversible y la soberanía española sobre Ceuta y Melilla como negociable.

Una coincidencia habría sido publicar tres textos sobre Marruecos. Una línea editorial consiste en ordenarlos para que cada uno conduzca al siguiente.

Y aquí el orden habla por sí solo: primero se exhibe la fuerza de Marruecos; después se aconseja tomar conciencia de ella; y finalmente se invita a España a rendirse ante lo que esa fuerza reclama.

En Valencia, a 20 de septiembre de 2026
Haddamine Mouloud Said.